

## LA IZQUIERDA Y LA DERECHA, “LA GEOMETRÍA, LOS DOGMAS POLITICOS” Y EL ATRASO NACIONAL

Cuando en América Latina se habla de crecimiento económico, desarrollo social, reducción de la pobreza, educación, seguridad, y otros temas que ocupan y preocupan a las naciones, la clase política, intelectuales, medios y analistas coinciden en generar diagnósticos, buscar las causas y, en ocasiones, encontrar culpables de los malos resultados económicos, políticos y sociales de sus naciones.

Generalmente se responsabiliza a los gobiernos y, en muchos casos, éstos a los sectores productivos. Un círculo vicioso que se convierte en redundante, por lo que ofrecer correctas soluciones resulta casi impensable.

En el discurso de la clase política algo está claro: es obligado acusar y reprender a otros. Incluso auto victimizarse. Todo es válido a la hora de justificar errores. Finalmente, lo que buscan es llegar al corazón, a los sentimientos más profundos de los gobernados para mantener el apoyo electoral.

Se repiten fórmulas desgastadas provenientes de las historias nacionales. Glorias pasadas de sus “héroes”, y se regeneran métodos y políticas añejas para “solucionar” los problemas. Constantemente replantean doctrinas ajenas a nuestras realidades y circunstancias, totalmente distintas a las del siglo XIX y XX. México no es la excepción.

Pocas veces en Latinoamérica se reconoce que la causa de todos los males no proviene de influencias externas, del poderío de otras naciones -del “imperio norteamericano” según les gusta señalar a muchos—, sino de los países mismos y sus “dogmas” políticos.

Como señaló alguna vez el historiador Enrique Krauze: “El gran problema de México es que está enfermo de ideologías”.

Todo parece girar alrededor de la pertenencia a la izquierda o la derecha, y peor incluso, en torno a sus derivados *ultra* —ultraderecha y ultraizquierda— y sus grados “moderados” —centroizquierda y centroderecha—. A veces simplificados con los calificativos de liberales y conservadores.

Es grande la necesidad y necesidad de los gobernantes de sentirse defensores de la izquierda, o de los que aún se consideran y consideran a otros de derecha.

Tanto izquierda como derecha fueron categorías útiles para perfilar a personajes políticos, movimientos, regímenes, grupos, actos y políticas de gobierno. Hoy no sirven más para explicar, entender y cambiar la realidad.

Como afirma el politólogo Norberto Bobbio en su libro *Derecha e Izquierda*<sup>1</sup>, si aún se emplean dichos términos es porque “siguen siendo útiles para identificar las diferentes corrientes de pensamiento”. Sin embargo, para resolver temas como crecimiento económico, competitividad y empleo, entre otros, dichos términos sirven muy poco. Por el contrario, enturbian el ejercicio de la política, inmovilizan la gobernabilidad, distraen y estorban en lo fundamental que es lograr el bien común.

Esta geometría política es insostenible si lo que se pretende con ello es alcanzar mejores resultados, en términos de crecimiento económico o combate a la pobreza, entre otros.

---

<sup>1</sup> Derecha e izquierda. BOBBIO, Norberto. Ed. Santillana, S.A. Taurus. Madrid. 1996

Sobran los ejemplos de países que, a finales del siglo XX, siendo *socialistas* aplicaron una política comercial envidiada por los fundadores del capitalismo. Naciones que entendieron cómo reducir la pobreza: generando riqueza con competitividad. Que comprendieron la importancia de atraer la inversión, abrir mercados y transformar los recursos naturales en productos para la oferta y la demanda.

El caso de China es notable, aunque sui géneris. Hace cuatro décadas, el Partido Comunista entendió que para salir de la pobreza era necesario romper los esquemas del *materialismo dialéctico*, abandonar sus emblemas históricos y la veneración político-social para simplemente transformarlos en reliquias.

Los dirigentes chinos entendieron que su “revolución cultural” había logrado pocos éxitos y más miserables. Comprendieron que para ser una potencia mundial debían abrirse al mundo y practicar el capitalismo. Son ampliamente significativas las palabras del presidente Deng Xiao Ping: “enriquecerse es glorioso”, asestando un contundente golpe a la inamovible ideología comunista tradicional, sin mediar prejuicios históricos.

Los chinos tiraron a la basura su economía centralizada, los fundamentos de proteccionismo nacional y la rectoría del Estado. En la práctica, los principios económicos que Mao Zedong impuso en 1949 y que perduraron hasta 1976 quedaron en el olvido.

Mientras tanto, en México los principios reformistas del siglo XIX, y los emanados de la Revolución Mexicana aún son intocables.

Debería reproducirse el mensaje chino para los mexicanos, se dijo en su momento. Pero en México -un país occidental, vecino de los Estados Unidos- aún se debate en términos de la Guerra Fría, del nacionalismo-revolucionario, del socialismo cardenista, pregonando que en la parte estratégica tiene que intervenir el Estado y debe recuperar su tarea de fomento.

En ocasiones, parecería que la doctrina tiene más valor que la realidad. Los personajes históricos continúan siendo elevados a niveles insospechados en el ejercicio gubernamental, al punto de la veneración y no a su justa dimensión y valor obtenidos para su tiempo.

No debe olvidarse el pasado, sería un despropósito. Pero entre éste y el presente nacional hay una brecha enorme que es incorrecto acortar y menos fusionar. Es verdad que “quienes ignoran la historia, están condenados a repetirla”, pero es aún peor repetir los errores del pasado en aras de una soberanía mal entendida.

Muchos países son ejemplo de prosperidad gracias a las reformas a su orden jurídico para dar factibilidad a la economía moderna. Otros se aferran a una excesiva regulación proteccionista que ahuyenta las inversiones. En muchos casos, si no la mayoría, son los gobiernos quienes han obstaculizado el progreso, sin aprender ni entender su función de administrar eficientemente y crear las condiciones para el crecimiento y, a la vez, cumplir con su obligación de garantizar la seguridad física, jurídica y económica para su población.

México, también está enfermo de *regionitis* y de etnocentrismo, de excepcionalísimo regional. Se solidariza con Centroamérica, pero para tener una visión del mundo con ojos de autocompasión, con dolor por una pobreza que ciertamente lesiona el tejido social, sin reconocer que ésta es en mucho el resultado de sus propios errores, de su indolencia, de su inactividad, de la elección de gobiernos ineficientes, corruptos y demagógicos.

La falta de autocrítica –ese mal que perdura en la política– no permite avanzar a soluciones viables y razonables.

Desde hace décadas, para América Latina y México -cuya relación con su principal socio comercial es actualmente por decirlo menos, compleja- la lección dada por los países desarrollados del orbe fue clara: reformas y más reformas hacia el futuro, no enfocadas en el pasado.

La renovación de pensamiento es la clave para el desarrollo de unos países y el atraso en otros. Los chinos comprendieron que imponer la igualdad total lleva a la pobreza total de la sociedad: “en China queremos que los ricos sean cada vez más ricos, y que los pobres se esfuercen por ser ricos...”, señalaron sus dirigentes en los tiempos de la transformación.

En contraposición, en cada vez más países latinoamericanos se opina que hay que cambiar el modelo económico que una y otra vez ha fracasado, sin reparar en que las reformas económicas han sido incompletas, saltando de ahí a adoptar la idea errónea de que ser de izquierda es luchar por la igualdad.

La geometría y los dogmas políticos han sido causas que retrasan el desarrollo nacional. Es necesario retomar el rumbo y abandonar los lastres del pasado, subirse nuevamente al tren del desarrollo, romper los mitos históricos, curarse de ideologías y, sobre todo, desentenderse del papel de “víctimas de la región”. Ese es el reflejo conveniente en que nos debemos mirar.